



¿Jorge o Lucila?

Por Mario Iván Uraga Ramírez

Cuando el médico me dio la noticia sentí un golpe en el estómago, un golpe fuerte; en lo primero que pensé es que Jorge ya no me querría sin un seno.

Nuestras madres quedaron preñadas casi al mismo tiempo, así que crecimos juntos entre las vacas y los pollos, rodeados por el gran bosque donde no estaba permitido jugar. Son el uno para el otro, decían los vecinos, está escrito en los cielos. Y era verdad: se tejó entre nosotros un apego y una complicidad tan natural como el verano sigue a la primavera, y que no compartíamos con los demás niños. Él era alto y fuerte, así que pronto lo incorporaron a la limpieza del establo para que aprendiera la herradura de los caballos, la forja del acero, el desollamiento de los borregos. A mí me enseñaron el tejido de las canastas, la cocción de las peras y el bordado fino de telar.

Crecimos con la certeza del matrimonio, pero pronto vinieron los problemas: Jorge daba pasos cortos y apresurados que venían mal a su estatura de gigante cuando segaba el trigo; yo marchaba demasiado a prisa con las enaguas levantadas para jalonear a los becerros. Las mujeres se reían de nosotros, con los dientes ocultos tras el rebozo, y los hombres escupían al vernos pasar. Para despertar el deseo que veían dormido, nuestros padres nos dejaron solos en el granero, aunque está prohibido que un hombre toque a una mujer antes de la bendición en el altar. Jorge me acarició con tristeza: Amo tus caderas, Lucila, tu cabello largo, tus senos, pero los deseo para mí; no puedo tomarte: soy rama torcida. Sólo el miedo al pecado le impidió colgarse bajo la sombra del abedul. Le dije que nos fuéramos, que había escuchado del carretonero cosas de la ciudad, que allá podríamos ser libres. Al fin y al cabo, tampoco yo deseaba vivir atada al fogón.

Hablamos con nuestras familias pero sin decirlo todo; no seríamos los primeros en marcharnos y además prometimos volver para consumir el matrimonio. Con la dote adelantada de mi padre montamos un pequeño negocio al llegar a la ciudad. Trabajábamos sin descanso: pan de pera y barbacoa durante el día, pero por la noche Jorge se ponía mis faldas y yo sus botas. Éramos felices y confiábamos en ahorrar lo suficiente para pagar a los doctores.

Yo me volví hombre al mismo tiempo que Jorge se volvió mujer. Pero extrañábamos a nuestros padres. Queríamos ir a casa y, aunque con los papeles cambiados, casarnos como Dios manda. Teníamos las maletas listas cuando el doctor dijo que había algo malo con Jorge: También a los hombres les pasa: es cáncer de seno y está muy avanzado; no hay esperanza. Por eso pensé que Jorge ya no me querría cuando le hubiesen quitado un seno, porque jamás volveríamos a nuestra parroquia para recibir la unción.

Ilustración: Juan Carlos Chaparro. Instagram: https://www.instagram.com/jc_chaparro/



Pasamos juntos sus últimos días, en el cuartito de la ciudad; él era mi hogar y ahora se ha ido. ¿Podría yo regresar al pueblo sin que me maten a pedradas? ¿Volvería al telar y las canastas, o mi lugar está en la forja y el establo? 🐦



Mario Iván Uraga Ramírez es licenciado en Filosofía y doctor en Humanidades por la UAEM. Ganó el segundo lugar y una mención honorífica en el Segundo Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo, convocado por la Universidad Iberoamericana y la Fundación Juan Rulfo. Es profesor en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, así como en distintas instituciones en las áreas de ética y filosofía.